

Fluctuaciones en la autoestima tras un informe psicológico

Alfredo Fierro

Universidad de Salamanca

El interés por los procesos del «self» o «sí mismo», por fenómenos como autopercepción, autoestima, autoatención, memoria acerca de uno mismo, y, en general, autoconcepto o conocimiento de sí mismo, está en la actualidad experimentando un auge extraordinario. Originalmente interesantes sólo para psicólogos clínicos o de orientación fenomenológica, esos tópicos constituyen ahora objeto de investigación también por parte de una psicología de orientación objetiva y experimental. En una reciente revisión del área, Loevinger y Knoll (1983) han podido escribir que el sí mismo vuelve a hallarse de moda y que se ha hecho «chic» ocuparse de él. Tras el abrupto paréntesis impuesto durante el imperio del conductismo, se recupera ahora el área del «self» como posible y obligado objeto de investigación científica; y ya contamos con algún excelente volumen colectivo (ef. Suls, 1982) aplicado a una primera recapitulación de las perspectivas teóricas y empíricas actuales sobre el tema.

En esta recuperación seguramente ha ejercido decisivo influjo el interés, hoy dominante en psicología, por los procesos cognitivos. Preguntarse por el «sí mismo» equivale, en ese enfoque, a preguntarse por procesos cognitivos —inferencias, registros de memoria, esquemas cognitivos, procesamiento de la información en general— relativos a uno mismo (es el enfoque representado, entre otros, por T. B. Rogers, 1981, y Markus y Sentis, 1982).

Por desgracia, no todos los contenidos del «sí mismo», del autoconcepto, han podido ser medidos con igual fiabilidad y validez. En su extensa reconsideración crítica de los procedimientos de medición de diferentes componentes postulados en el autoconcepto, Wylie (1974) ha emitido un juicio más bien pesimista: sólo unos pocos, la minoría, de esos supuestos componentes, han llegado a mostrarse psicométricamente aceptables. Entre ellos destaca el constructo de autoestima, objeto de algunos estudios ya clásicos (Diggory, 1966; Coopersmith, 1967), de antiguas y recientes tentativas de evaluación por parte de los investigadores (Coopersmith, 1959; Rosenberg, 1965; Wells y Marcell, 1976; Savin-Williams y Yaguish, 1981), y objeto también de las investigaciones de las que se va a informar en este escrito. La autoestima ha sido entendida como «la evaluación que el individuo efectúa y de ordinario mantiene respecto a sí mismo» (Rosenberg, 1965), como «el juicio personal de dignidad o valor que se expresa en la actitud del individuo hacia sí mismo» (Coopersmith, 1967); y en las investigaciones aquí por referir queda operacionalizada y medida en los términos que luego se dirán.

Los contenidos del autoconcepto —la autoestima entre ellos, claro— han solido ser reputados poco variables, muy estables, altamente consistentes y hasta resistentes frente a la información adversa (Epstein, 1980; Markus y Sentis, 1982). Incluso ha llegado a montarse una entera

teoría de la personalidad, la de la autoconsistencia (Lecky, 1961), sobre ese postulado de estabilidad. Los estudios en el marco de tal suposición no pueden ser sino correlacionales —examinando asociaciones del autoconcepto con la aptitud intelectual, competencia, percepción de lugar de control, motivación de logro y otros constructos—, o bien sólo observacionales, principalmente en una búsqueda de los antecedentes —en las prácticas de crianza, en la historia de experiencias del sujeto— que parezcan dar razón de los actuales contenidos y niveles en el autoconcepto, respectivamente en la autoestima. En este supuesto no queda lugar apenas para la experimentación; no hay expectativas de que la manipulación experimental llegue a afectar a la autoestima o al autoconcepto. Los únicos cambios imaginables se producirán, si acaso, a medio y a largo plazo, como son los provocados en un proceso psicoterapéutico. De ahí deriva que la mayoría de los estudios sobre el cambio en el concepto de sí mismo se refieran a modificaciones consiguientes a la psicoterapia, y que en la escuela de Rogers, donde tanta importancia para el equilibrio personal se concede al autoconcepto, uno de los objetivos principales del tratamiento sea justo la mejora en la aceptación de sí mismo y en la autoestima (cf. Rogers y Dymond, 1954, y, más tarde, sin limitarse ya esa escuela, Wylie, 1979).

Recientemente, sin embargo, en estrecha relación con la disputa sobre la relativa estabilidad/inestabilidad de las personas, se han levantado serias dudas acerca de la presunta firmeza y consistencia de los autoconceptos. Con la mayor claridad y energía, Gergen (1982), después de poner en tela de juicio el punto de vista tradicional, ha destacado los aspectos fluidos, efímeros, fluctuantes, en las autoconcepciones. Cuatro fuentes de momentánea alteración en el autoconcepto especifica Gergen: el juicio y apreciación social, la autoobservación, la comparación con otros, el escudriñamiento en la memoria autobiográfica. Apenas hace falta decir que, en la medida en que sean fluctuantes, los conceptos acerca de uno mismo se mostrarán sensibles a la manipulación experimental y quedará abierta la posibilidad de experimentación en este ámbito.

Dentro del primer apartado referido por Gergen (1982), el enjuiciamiento social, cabe incluir todo tipo de información descriptiva o evaluadora que le llega a una persona acerca de ella

misma: la nota de un examen, el comentario crítico de un compañero que se le filtra a través de terceras personas, un informe sobre los resultados de alguna actividad propia, etc. Una línea de experimentación obvia para inspeccionar esta fuente de influencia en los contenidos fluctuantes del autoconcepto, y, ya en particular, de la autoestima, consiste en manipular cierta información que se transmite a los sujetos, para averiguar luego qué efectos —por efímeros que sean— de elevación o rebajamiento en la estima de sí mismos aparecen como consecuencia de ello.

Es hipótesis razonable suponer que una información favorable o halagüeña para los sujetos contribuirá a incrementar —transitoriamente, al menos— su nivel de autoestima positiva, mientras una información contraria, crítica, hará descender ese nivel. En los estudios presentados a continuación se pone a prueba dicha hipótesis en el caso de la información contenida en un presunto diagnóstico psicológico. Concretamente, se supone que un informe psicológico que comunique al sujeto el hallazgo en él de cualidades deseables, como elevada inteligencia o buen equilibrio afectivo, elevará su puntaje en autoestima; mientras un informe que le exprese lo contrario, que le atribuya escasa inteligencia o mal equilibrio emotivo, rebajará el puntaje.

Con diferente grado de confianza, en los tres estudios ha quedado comprobada dicha hipótesis. Pero, a lo largo de los mismos, ha emergido también, progresivamente claro, un fenómeno inicialmente no esperado en el grupo de sujetos a quienes correspondió un informe nada halagador, desfavorable, no sólo se da una baja en el promedio de puntajes de autoestima; también aparece una dispersión mayor en los puntajes, una desviación típica más grande; mientras el fenómeno inverso, el de la reducción de la variabilidad, caracteriza al grupo que recibió el informe lisonjero. En qué consiste básicamente este fenómeno —ampliación de la variabilidad en un grupo o, más bien, reducción de la misma en el otro grupo— y qué posibles factores se asocian con él es sometido a examen en el estudio 3.

METODO

El procedimiento general consta de dos sesiones, ambas en grupo. En la primera de ellas los

sujetos realizan una o más pruebas psicológicas, al menos un test de inteligencia, o incluso un imaginario test de inteligencia, pues esta sesión no cumple otro papel, en principio, que el de justificar aparentemente el posterior informe psicológico. Al comienzo de la segunda sesión, algunos días después, se les entrega individualmente a los sujetos un breve escrito con toda la apariencia de un informe psicológico elaborado a partir de sus resultados en la anterior sesión. Los informes, en realidad, han sido adjudicados al azar a los diferentes sujetos, de acuerdo con las condiciones concretas que se indicarán en cada experimento. Inmediatamente los sujetos realizan la prueba de autoestima, consistente en distribuir 68 ó 48 ítems extraídos del repertorio para medición del autoconcepto establecido por Butler y Haig (1954), en una clasificación forzosa Q de nueve u once categorías, de acuerdo con las prescripciones de Stephenson (1953).

En otro lugar (Fierro, 1982) he presentado un formato original para la aplicación colectiva de la metodología Q. También allí he ofrecido, del repertorio en cuestión, la versión castellana con que he trabajado, así como unas tablas de análisis de sus ítems en términos de deseabilidad social. En la versión de 48 ítems se eliminan los 20 que en esas tablas de deseabilidad aparecieron con variabilidad mayor.

El puntaje en esta autoestima Q se obtiene del modo que sigue. Como enunciativos de estima o, por el contrario, de desestima de sí mismo se consideran los ítems que así fueron juzgados por un grupo de psicólogos clínicos expertos (cf. Dymond, 1954), en un criterio, por lo demás, ampliamente coincidente con el que un grupo de estudiantes de psicología, según nuestro propio estudio (cf. Fierro, 1982), emitió acerca de la deseabilidad social de los correspondientes enunciados. Cuando en la elección forzosa Q un suje-

to dice asumir un enunciado que, a tenor de tal criterio, manifiesta estima positiva, eso cuenta positivamente; igual que también entra en cómputo positivo el rechazar, como inapropiado para él, un enunciado que en ese criterio es de desestima. Por el contrario, cuentan negativamente los ítems negativos asumidos y los ítems positivos rechazados. El cómputo consta, además, de una ponderación: los valores positivos y negativos son ponderados, de 1 a 4 (o a 5, según las categorías de clasificación), según sean mínima o máximamente asumidos/rechazados en la clasificación Q hecha por el sujeto. Los ítems que en esta clasificación quedan en la categoría intermedia o región de indiferencia reciben un valor cero, no son computados. El puntaje final resulta de la suma de todos esos valores, positivos y negativos; puede, por supuesto, ser, y a veces de hecho es un valor inferior a cero, una cifra negativa.

Los sujetos de los estudios fueron de ambos sexos, pero la variable sexo no fue explícitamente tomada en consideración. Todos ellos, después de la sesión experimental, fueron desengañados acerca del supuesto informe y verazmente informados acerca de los propósitos de la investigación.

ESTUDIO 1

Sujetos y procedimiento

Los sujetos fueron estudiantes de bachillerato de un instituto de Zaragoza, en edad entre catorce y dieciséis años. En la primera sesión, 23 de ellos pasaron una supuesta prueba de inteligencia. Al comienzo de la segunda sesión se les comunicó el ficticio informe psicológico donde, en sustancia, a 12 de ellos se les decía ser muy

TABLA 1

*Medias y desviaciones típicas en el estudio 1**

Condiciones experimentales		Media	D. T.	S ²
«Inteligentes»	(N = 12)	33.3	13.4	179.6
«Torpes»	(N = 11)	30.6	19.1	364.8
«Neutra»	(N = 11)	30.4	16.1	259.2

* Estudio realizado y datos recogidos por Carmen Sanisidro.

inteligentes (condición «inteligentes»), mientras otros 11 eran diagnosticados con pobres dotes intelectuales (condición «torpes»). Un tercer grupo de 11 estudiantes, participantes en la segunda sesión, mas no en la primera, no recibió informe psicológico acerca de sus presuntas aptitudes (condición «neutra»). Un total, pues, de 34 sujetos, en la segunda sesión, realizó el test de autoestima, con 48 items, debiendo declararlos manifestativos o no de su personalidad en una clasificación forzosa Q.

Resultados y discusión

Puntuada la autoestima Q, de acuerdo con las reglas ya citadas, la tabla 1 presenta las medias y las desviaciones típicas para las tres condiciones. Entre la de «inteligentes» y las otras dos existe una ligera diferencia en la media de autoestima, diferencia, empero, que no alcanza un nivel de confianza estadísticamente interesante. Lo mismo sucede con las diferencias entre las varianzas.

Los resultados ofrecen un perfil claro, aunque

con escasa significación estadística. Los datos encajan en la hipótesis de que el informe psicológico, favorable o desfavorable, contribuye, respectivamente, a elevar o rebajar en los sujetos su nivel de autoestima; y, aparte de eso, introducen el elemento, no previsto, de una diferente variabilidad entre grupos.

ESTUDIO 2

Sujetos y procedimientos

En las dos sesiones del estudio participaron 34 sujetos, estudiantes de 1.º de Pedagogía en la Universidad de Salamanca. En el informe que en la segunda sesión se les dio acerca de los supuestos resultados en la prueba de inteligencia efectuada en la anterior sesión hubo tres condiciones experimentales: decirles que eran muy inteligentes (grupo «inteligentes»: 12 sujetos), que eran muy poco inteligentes (grupo «torpes»: 12 sujetos), o que manifestaban una inteligencia media (grupo «medios»: 10 sujetos). Realizaron la clasificación forzosa Q con 68 items de la prueba de autoestima.

TABLA 2

*Medias y desviaciones típicas en el estudio 2***

Condiciones experimentales		Media	D. T.	S ²
«Inteligentes»	(N = 12)	41.8	11.6	134.6
«Medios»	(N = 11)	36.0	15.0	225.0
«Torpes»	(N = 11)	32.5	17.5	306.2

** Estudio realizado y datos recogidos por Mariano Sánchez Aparicio y Angel Espina Barrio.

Resultados y discusión

La medida en autoestima Q se efectuó por el procedimiento general. Los resultados se compendian en la tabla 2, que permite comparar las medias y las desviaciones típicas en los grupos correspondientes a las tres condiciones experimentales, y que ofrece otra vez el mismo perfil claro y ordenado del estudio 1: cuanto más negativo ha sido el informe tanto más baja, en promedio, es la autoestima y tanto mayor la dispersión del grupo en ella. El nivel de significación en los contrastes entre las medias no es muy alto:

$p < 10$ para la comparación entre la condición de «inteligentes» y la de «torpes». Con ese modesto nivel de confianza se confirma, por tanto, la hipótesis directriz de la investigación.

Por otra parte, reaparece, en otros sujetos y con condiciones experimentales ligeramente modificadas, el efecto de una mayor dispersión en los puntajes de autoestima del grupo de «torpes». Verdad es que la diferencia entre varianzas tampoco ahora alcanza un nivel de significación aceptable. Pero la coincidencia con el perfil de resultados del estudio 1 apoya la conjetura de que nos hallamos ante un efecto sistemático,

y no casual. Con todo, dentro de los límites de los dos primeros estudios, sólo es posible registrar el efecto, mas no analizarlo o relacionarlo con otras variables de personalidad. Para este análisis son precisos nuevos estudios, del género del expuesto a continuación.

ESTUDIO 3

Sujetos y procedimiento

Esta vez los sujetos fueron estudiantes de 5.^o de Psicología de la Universidad de Salamanca. En la sesión primera realizaron dos pruebas psicológicas, una de personalidad (Escala MAS), cuyos resultados luego habrían de tenerse en cuenta y ser analizados, y una aparente prueba de inteligencia, que en realidad estaba compuesta de diferentes tests. Antes de la sesión segunda, la propiamente experimental (en este momento el grupo quedó en 48 sujetos), se les comunicó el presunto resultado de la primera sesión, asignándoles al azar los informes que previamente se les había preparado, en estas cuatro condiciones experimentales: 1) Elevada inteligencia y nada que destacar en personalidad («inteligentes»). 2) Escasa inteligencia y nada que notar en personalidad («torpes»). 3) Buen equilibrio personal, afectivo, y nada de particular en cuanto a inteligencia («equilibrados»). 4) Mal equilibrio afectivo y personal, pero sin nada que resaltar en inteligencia («desequilibrados»). Realizaron todos la prueba de autoestima, en distribución forzosa Q, con 48 ítems.

Estos mismos sujetos, una semana y una quincena después de la sesión segunda, experimental, en otras dos sucesivas sesiones, pasaron una prueba de autoestima, en condiciones no manipuladas e idénticas para todos ellos, en orden a evaluar la que aquí denominaremos «autoestima implícita» y que se operacionaliza así: a) En una primera sesión (tercera en la serie completa de estos sujetos) rellenan un cuestionario o repertorio cualquiera de personalidad (en este estudio fue un repertorio de 80 ítems, extraídos del CEP de Pinillos y de otras pruebas de personalidad). b) Una semana más tarde (cuarta sesión en la serie completa) se les pide enjuiciar la estimabilidad o deseabilidad de las actividades, hábitos y estados anímicos reflejados en los mismos ítems de la sesión anterior. c) La combinación de las respuestas de los sujetos en estas dos sesiones permite obtener una puntuación de cómo, a su propio juicio, estiman implícitamente su modo de ser, sentir y comportarse, de acuerdo con un razonamiento, no necesariamente explícito, que obedece a la siguiente lógica, ilustrada en un ejemplo concreto:

— Mayor: rehuir las reuniones con gente no es muy digno de estima; es indeseable (juicio evaluativo del sujeto en sesión cuarta).

— Menor: suelo rehuir las reuniones con gente (juicio autodescriptivo del sujeto en sesión tercera).

— Conclusión: este sujeto, en lo tocante a este ítem concreto, no se estima a sí mismo (conclusión que extrae el investigador para puntuar la «autoestima implícita»).

TABLA 3

Medidas y desviaciones típicas en el estudio 3

		Autoestima Q*		Autoestima implícita		Ansiedad (MAS)	
		(experimentación)		(sólo medición)		(sólo medición)	
		M.	D. T.	M.	D. T.	M.	D. T.
Total sujetos	(N=144)	35.8	22.2	136.9	219.8	21.1	7.9
Condiciones experimentales:							
1) «Inteligentes»	(N=11)	43.9	9.5	232.5	215.2	16.1	6.4
2) «Torpes»	(N=12)	31.4	28.3	144.0	263.7	21.3	10.4
3) «Equilibrados»	(N=10)	47.7	9.4	122.5	264.3	19.5	7.1
4) «Desequilibrados»	(N=15)	25.1	25.0	61.6	208.1	22.6	8.0

* En las dos medidas de autoestima caben puntuaciones negativas, muy frecuentes de hecho en la autoestima implícita.

Esta puntuación en autoestima implícita, obtenida como simple evaluación, y no bajo manipulación y condiciones experimentales, servirá de indicador de la autoestima de los sujetos fuera de estas condiciones y será incorporada luego como variable al análisis de covarianza de los resultados experimentales.

Otros grupos de estudiantes de Psicología de la misma Universidad, de 4.º y 5.º curso, realizaron las mismas pruebas que los sujetos de las cuatro condiciones experimentales, a saber, la Escala MAS de ansiedad, la prueba de autoestima en distribución Q, aunque ésta sin ninguna información previa, ninguna manipulación, y las dos pruebas destinadas a medir la autoestima implícita. Como estos grupos no fueron escogidos al azar y se corresponden con grupos académicos, en rigor no cabe hablar de ellos como de grupos de control. Sin embargo, a efectos de análisis y de contraste con los grupos experimentales, resultará de utilidad referir datos relativos a la totalidad de 144 sujetos explorados en este estudio, para examinar así cómo destacan y difieren dentro de la total muestra los varios subgrupos de los 48 sujetos sometidos a la manipulación experimental.

Resultados

Un primer conjunto de resultados aparece en la tabla 3. De la experimentación propiamente tal proceden sólo los datos de autoestima Q en la prueba efectuada en la sesión segunda, tras la comunicación de falso diagnóstico. En los otros dos pares de columnas los datos son psicométricos, de evaluación. En estos últimos no aparecen diferencias significativas entre los estadísticos de los grupos que en la experimentación fueron asignados a las distintas condiciones, excepto en la columna precisamente correspondiente a la media de autoestima implícita extraexperimental. Aunque constituidos aleatoriamente, las di-

ferencias en esa media aparecen lo bastante importantes como para no poder seguir suponiendo que de hecho los grupos hayan sido equivalentes desde el punto de vista de la autoestima, al menos de la medida y operacionalizada como implícita de acuerdo con el procedimiento ya citado. Por ese motivo, la diferencia entre las medias en el experimento (autoestima Q) sólo podrá mostrarse significativa después de un análisis de covarianza, es decir, después de separar la proporción de la variabilidad entre grupos que resulta justificable desde esa otra medida independiente de autoestima implícita.

Se ha efectuado, pues, un análisis de covarianza de los datos de autoestima Q correspondientes a los 48 sujetos de la experimentación, tomando como covariable la puntuación de los mismos en autoestima implícita (extraexperimental), variable presumiblemente asociada a la de autoestima Q en situación experimental (de hecho, la correlación de Pearson entre ambas, para los 48 sujetos, es $r = .60$; véase también la tabla 5 para datos correlacionales en la muestra entera y en los dos tipos de tratamientos experimentales). Para este análisis se han reunido, de una parte, las condiciones experimentales 1 y 3, refundidas ahora bajo el concepto de condición «favorable», y, de otra, las condiciones 2 y 4, agrupadas como «desfavorables». Los resultados del análisis de covarianza constan en la tabla 4. La razón F resultante aparece significativa al nivel $p < .025$. A este nivel de confianza podemos afirmar que la manipulación experimental de la autoestima ha producido efectos que significativamente diferencian entre las condiciones favorables (1 y 3) y las desfavorables (2 y 4).

Como modelo estadístico de análisis de la significación del contraste entre medias, el análisis de covarianza requiere que los coeficientes b en las ecuaciones de regresión para cada una de las condiciones experimentales sean homogéneos, no significativamente distintos entre sí. A falta de este requisito, el valor F encierra, en reali-

TABLA 4

Análisis de covarianza

	S C	g. l.	M C	F	n. c.
Inter	2126.77	1	2126.77	6.89	.025
Intra	13871.31	45	308.25		

dad, dos componentes distintos: los efectos principales del tratamiento experimental, y la interacción de ésta con la covariable (cf. Edwards, 1979, para la elucidación de esta trama en el análisis de covarianza). Precisamente en nuestro caso los coeficientes de regresión (*b*) en la condición favorable y en la desfavorable difieren suficientemente entre sí (respectivamente: .0043 y .0897) como para impedirnos presumir el requisito de homogeneidad. En consecuencia, de la tabla 4 sólo podemos inferir que los tratamientos experimentales, por sí mismos y/o en interacción con la covariable, han producido los efectos estadísticamente significativos. Esta interacción, bajo otra luz, aparecerá en las tablas 5 y 6, presentadas y comentadas más adelante.

Las columnas de la variabilidad en tabla 3 ofrecen datos claros. No hay diferencias significativas entre las desviaciones típicas (respectivamente, las varianzas, ahí no expresadas) ni en la autoestima implícita (extraexperimental), ni en MAS. En cambio, y de acuerdo con un fenómeno ya encontrados en los estudios 1 y 2, las varianzas difieren significativamente entre las condiciones experimentales (autoestima Q): la del grupo 1 difiere de la del grupo 2, y la del 3 respecto a la del 4 al nivel de confianza de $p < .005$. Si se toman conjuntamente aquellos dos grupos (favorables) frente a estos otros dos (desfavorables), entonces naturalmente todavía se eleva el nivel de confianza. Si, por otra parte, se comparan las desviaciones típicas de los grupos experimentales con la de la muestra total, entonces

se hace nítido el efecto sobresaliente, consistente no tanto en el incremento de la variabilidad en las condiciones desfavorables (2 y 4), cuanto en la drástica reducción de la misma en las favorables (1 y 3).

El hecho de una menor variabilidad en la autoestima tras una información halagüeña y mayor cuando la información desvalorizada al sujeto concuerda con los datos de los estudios 1 y 2. Para explorar las eventuales asociaciones de ese hecho, para poder conjeturar a qué se debe, con qué posibles dimensiones se enlaza el fenómeno de la diferente variabilidad, disponemos en el estudio 3 de medidas en otras variables, que cabe analizar en su relación con las medidas del efecto en cuestión.

La tabla 5 presenta datos correlacionales. La correlación de la medida de autoestima Q (situación experimental) con las medidas sea de autoestima implícita (extraexperimental), sea de ansiedad, se incrementa notablemente en las condiciones favorables y disminuye de manera no menos notoria en las favorables. Las diferencias entre las correlaciones de esas dos dispares condiciones son significativas a nivel de confianza de $p < .001$ para la autoestima implícita y de $p < .01$ para la ansiedad manifiesta. Mientras el informe desfavorable (grupos 2 y 4) robusteció la asociación con esas dos medidas, el halagüeño (grupos 1 y 3) debilitó la asociación. La información halagadora trae en la autoestima (experimental) efectos de fluctuación que son relativamente independientes del nivel de autoesti-

TABLA 5

Correlaciones con covariable de autoestima y con ansiedad

		Correlación de autoestima Q con	
		Autoestima implícita	Ansiedad manifiesta
Favorables	(1 y 3) (N=21)	.12	-.35
Desfavorables	(2 y 4) (N=27)	.80	-.70
Muestra total	(N=144)	.66	-.62

ma extraexperimental y de la ansiedad de los sujetos. La información desvalorizadora hace que la asociación (la correlación) entre estas dos variables y la autoestima Q experimental se intensifique. Bajo esta última condición, pues, las personas responden en mayor conformidad con los

aspectos posiblemente más estables, extraexperimentales, de su autoestima.

Qué ha ocurrido individualmente en los sujetos a consecuencia de los distintos tratamientos experimentales, queda en parte reflejado en la tabla 6. Para examinar los desplazamientos que

en la autoestima de cada uno de los individuos se produjeron de resultados del tratamiento experimental, se ha procedido como sigue. Las puntuaciones directas que los 48 sujetos experimentales alcanzaron en autoestima Q (experimental) y en autoestima implícita (extraexperimental) han sido transformadas en puntuaciones típicas, tomando como baremo la distribución de la muestra total de 144 sujetos explorados. Después se han comparado ambas puntuaciones y se ha observado el desplazamiento producido por la manipulación experimental. Los datos de la tabla 6 presuponen la transformación de las pun-

tuaciones directas en típicas y consideran nada más dos clases de individuos particularmente interesantes: 1) sujetos con autoestima implícita extraexperimental negativa (puntuación típica inferior a cero) y aleatoriamente asignados a condición experimental favorable (1 y 3); 2) sujetos con autoestima positiva (puntuación típica superior a cero) y asignados a condición desfavorable (2 y 4). En estos últimos, el fenómeno sobresaliente es, desde luego, el de la regresión hacia la media. En ellos, además, cabe señalar la circunstancia de que algunos, cuatro sujetos en concreto, hayan reafirmado con más fuerza su

TABLA 6

Desplazamientos en la autoestima

Dirección del cambio en la autoestima de los sujetos	Autoestima positiva Condición desfavorable	Autoestima negativa Condición favorable
Número de sujetos que:		
a) Obtienen puntuación típica más extrema, más alejada de la media (valor cero) en la misma dirección	4	0
b) Regresan hacia la media (valor cero)	6	1
c) Cambian el signo de su puntuación típica	0	8

Desplazamientos o cambios en los sujetos a consecuencia del tratamiento experimental. La columna primera indica el número de sujetos con autoestima implícita (extraexperimental) positiva, asignados a tratamiento desfavorable. La columna segunda indica el número de sujetos con autoestima negativa, asignados a tratamiento favorable.

autoestima (experimental), frente a la amenaza que para ella suponía la comunicación del informe psicológico desfavorable. Ninguno de ellos, en cambio, ha pasado de autoestima positiva a negativa desestima a consecuencia del supuesto psicodiagnóstico negativo. En cuanto a los primeros, resalta un hecho, sobre el que conviene dejar ahora constancia, aplazando para la discusión el examen de su alcance teórico: de los nueve sujetos en las condiciones favorables, cuya puntuación típica en autoestima implícita (extraexperimental) era negativa, solamente uno manifestó regresión hacia la media en la autoestima Q (experimental); los otros ocho obruvieron en la autoestima Q puntuaciones típicas positivas, es decir, por encima de la media de la muestra, de suerte que el tratamiento experimental hizo cambiar el signo de su autovaloración, que de desestima pasó a ser autoestima propiamente dicha.

Discusión

Queda corroborada la doble hipótesis con la que se abordó el estudio 3: la comunicación de un informe sobre el propio sujeto, en este caso un informe psicológico relativo ya a su inteligencia ya a su equilibrio emocional, influye significativamente en la autoestima, contribuyendo, siquiera de momento, a elevarla cuando aquél es lisonjero para el interesado y a rebajarla cuando no lo es; contribuye asimismo a ampliar la variabilidad de los juicios de autoestima en los sujetos que reciben un informe desfavorable y a restringirla en los que lo reciben favorable.

La indagación en los nexos de este último fenómeno de ampliación/restricción de la variabilidad aquí se ha ceñido a considerar asociaciones con otras dos variables: la ansiedad manifiesta (MAS) y la autoestima (implícita) medida con independencia y fuera de la situación experimen-

tal. La conveniencia de introducir una medida independiente de autoestima apenas necesita ser encarecida; y la ansiedad queda también introducida en el análisis porque puede conjeturarse probable, y no sólo plausible, su interacción con el tratamiento experimental al producir éste modificaciones en la autoestima.

De la indagación correlacional en dichas asociaciones resulta que el informe lisonjero produce como efecto un más alto y relativamente indiscriminado nivel de autoestima en las personas, y ello bastante al margen (correlaciones más bien bajas en tabla 5) de la autoestima que independientemente del informe hubieran manifestado los sujetos, y no menos al margen de alguna otra dimensión de personalidad, como la ansiedad manifiesta; y que el informe desfavorable, en cambio, tiende a discriminar más entre los individuos, a potenciar sus diferencias en autoestima, de suerte que, desde luego, rebaja el nivel de ésta, pero genera su efecto en correspondencia precisa con los niveles extraexperimentales de ansiedad y de autoestima implícita (correlaciones elevadas en tabla 5).

Los hallazgos de la tabla 6 contradicen de modo incidental, pero bastante directo, una predicción emitida por Epstein (1980): la de que los sujetos con baja autoestima serán propensos a mantenerla baja y, por tanto, estable, resistente al cambio, aun en el caso de experiencias de éxito o de elevada calidad del rendimiento. Por el contrario, nos hemos encontrado con que los sujetos de baja autoestima se mostraron muy sensibles, poco resistentes, frente al tratamiento experimental. Bastó decirles que, según se desprendía de las pruebas psicológicas, eran muy inteligentes o bien equilibrados, para que en su mayoría cambiaran el signo de su autoevaluación, pasando, al menos momentáneamente, de la desestima a la autoestima positiva. En cuanto a cambios transitorios, tal vez efímeros, estos sujetos con baja autoestima, lejos de mostrarse resistentes al cambio, como postula Epstein, se manifestaron bastante inestables y casi —diríamos— a la espera de la menor excusa para levantar su estado de ánimo y de pronto, por el momento, imaginarse y apreciarse a sí mismos de modo mucho más favorable. Otra cosa será la permanencia de este efecto, asunto en que nuestra investigación es incapaz de dirimir.

En cambio, a los sujetos con autoestima extraexperimental positiva asignados a condición

experimental de informe desfavorable, éste no les afectó demasiado negativamente (cf. otra vez, tabla 6). Algunos descendieron en la autoestima positiva; pero este fenómeno, en parte, lo es de regresión. Otros incluso elevaron su positiva autoestima, quizá como reacción y mecanismo autoprotector frente a la amenaza del desfavorable informe. Ninguno pasó a valores negativos, de autodesestima.

La investigación ulterior de los fenómenos considerados requeriría, primero, reduplicarla variando el género de informe transmitido a los sujetos al comenzar la sesión experimental. El contenido de lo que se les comunica puede referirse a supuestas evaluaciones sobre ellos mismos de naturaleza tan diferente como la calificación en un examen o prueba escolar, el juicio de personas de otro sexo sobre el atractivo del sujeto o el puesto ocupado por éste en popularidad dentro del grupo propio de referencia. Caso de aparecer efectos semejantes a los demostrados en los tres estudios, exigiría, además, explorar las asociaciones de la dirección de los mismos, tanto con independientes medidas de autoestima, distintas de la aquí utilizada, cuanto con otras dimensiones y mediciones de personalidad que, a semejanza de la ansiedad manifiesta, puedan suponerse interaccionar con el factor experimental para, junto con él, codeterminar el signo y amplitud de sus efectos.

CONCLUSION

Aisladamente tomados, nada más el tercero, y no los dos primeros estudios deparan datos estadísticamente significativos. Sin embargo, aparte de la aislada evidencia producida en cada uno de ellos, el patrón de resultados es común a los tres. En una replicación sistemática de la situación experimental (cf. Sidman, 1960), en la que, de uno a otro estudio, se varían ciertas condiciones de la experimentación, emergen resultados con un claro e inequívoco perfil: la autoestima, concretamente evaluada en una prueba con distribución forzosa Q, aparece más alta en los sujetos a quienes acaba de comunicarse un informe halagador, más baja en aquellos que reciben un informe neutro o ningún informe; la variabilidad en los juicios de autoestima es grande cuando el informe ha sido desfavorable y se reduce mucho cuando ha sido favorable.

Estos efectos, sin embargo, no pueden ser atri-

buidos en exclusiva al tratamiento o condición experimental. Características de la personalidad de los sujetos —en el estudio 3, denominada autoestima implícita y la ansiedad manifiesta— parecen interactuar con las condiciones experimentales en orden a producir los efectos. En la condición de un informe desfavorable, la autoestima medida en situación experimental exhibe correlaciones más altas con las citadas variables de personalidad. Esto puede interpretarse en el sentido de que bajo tal condición los sujetos tienden a efectuar descripciones estimativas de sí mismos más de acuerdo con su autoestima extraexperimental, posiblemente más estable, y con su nivel de ansiedad. En la condición favorable las correspondientes correlaciones descienden mucho: los sujetos difieren menos unos de otros y producen autodescripciones de estima de sí más bien positivas con relativa independencia de cuál sea su autoestima extraexperimental y su nivel de ansiedad manifiesta.

El planteamiento experimental ha llevado, por su propia lógica, a hacer surgir los aspectos móviles, fluctuantes, fluidos, de la autoestima. Pero aún dentro de tal planteamiento, poco sensible a los aspectos más estables, no efímeros, subrayados por las teorías tradicionales, éstos han llegado a manifestarse, patentes en el modo en

que la autoestima extraexperimental parece haber mediatizado los efectos experimentales mismos.

El carácter de las situaciones experimentales provocadas sólo ha permitido apreciar cambios momentáneos en la autoestima. Para estudiar cambios duraderos serían precisas investigaciones clínicas cuasi-experimentales, en las que se ofreciera a los sujetos una información que entoces —por razones éticas— debería ser veraz. Entre los posibles contenidos de una información relevante para el individuo y para su autoconcepción cuenta, desde luego, el informe psicológico, formal o informal. Este, por lo que hemos podido ver, contribuye por sí mismo, por simple y escueto que su contenido sea, a modificar momentáneamente el juicio de autoestima de los sujetos. Es lícito conjeturar que también contribuye a modificarla permanentemente. En cualquier caso, y aunque a ello no apuntara en sus objetivos la presente investigación, de ésta, desde luego, se desprende incidentalmente el descubrimiento de que un veraz juicio clínico que exprese «no está usted tan mal» es capaz de surtir efectos beneficiosos en la autoconcepción del sujeto, mientras la comunicación abrupta de un psicodiagnóstico poco halagüeño puede causar daño a su autoestima.

Referencias

- BUTLER, J. M., y HAIGH, G. V.: «Changes in the relation between self-concepts and ideal concepts consequent upon client-centered counseling», en C. R. Rogers y R. F. Dymond (eds.): *Psychotherapy and personality change*. Chicago: Univ. Chicago Press, 1954.
- COOPERSMITH, S.: «A method for determining types of self-esteem». *Journal of abnormal and social Psychology*, 1959, 59, 87-94.
- COOPERSMITH, S.: *The antecedents of self-esteem*. San Francisco: Freeman, 1967.
- DIGGORY, J. C.: *Self-evaluation: concepts and studies*. Nueva York: Wiley, 1966.
- DYMOND, R. F.: «Adjustment changes over therapy from self-sorts». En C. R. Rogers y R. F. Dymond (eds.): *Psychotherapy and personality change*. Chicago: Univ. Chicago Press, 1954.
- EDWARDS, Allen L.: *Multiple Regression and the Analysis of Variance and Covariance*. San Francisco: Freeman, 1979.
- EPSTEIN, S.: «The Self-concept: A review and the proposal of an integrated theory of personality». En E. Staub (ed.): *Personality: Basic issues and current research*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1980.
- FIERRO, A.: *Técnicas de investigación de la personalidad*. Salamanca: I. C. E., 1982.
- GERGEN, K. J.: «From self to science: What is there to know?». En J. Suls (ed.): *Psychological perspectives on the self*. Hillsdale, N. J.: L. Erlbaum, 1982.

El estudio 1 fue realizado por Carmen Sanisidro. El estudio 2 por Angel Espina Barrio y Mariano Sánchez Aparicio. He de agradecer que me hayan permitido incluir su estudio y datos en el presente trabajo.

- LECKY, P.: *Self-consistency: A theory of personality*. Hadem, Conn.: Shoe String Press, 1961. (*Autoconsistencia*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1977.)
- LOEVINGER, J., y KNOLL, E.: «Personality: stages, traits and the self». *Annual Review of Psychology*, 1983, 34, 195-222.
- MARKUS, H., y SENTIS, K.: «The Self in social information processing». En J. Suls (ed.) *Psychological perspectives on the self*, vol. 1, Hillsdale, N. J.: L. Erlbaum, 1982.
- ROGERS, C. R., y DYMOND, R. F. (eds.): *Psychotherapy and personality change*. Chicago: Univ. Chicago Press, 1954.
- ROGERS, T. B.: «A model of self as an aspect of human information processing system». En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.) *Personality, cognition and social interaction*. Hillsdale, N. J.: L. Erlbaum, 1981.
- ROSENBERG, M.: *Society and the adolescent self-image*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1965.
- SAVIN-WILLIAMS, R. C., y JAQUISH, G. A.: «The assessment of adolescent self-esteem: a comparison of methods». *Journal of Personality*, 1981, 49, 324-336.
- SIDMAN, M.: *Tactics of scientific research*. Nueva York: Basic Books, Inc., 1960. (*Tácticas de investigación científica*. Barcelona: Fontanella, 1978.)
- STEPHENSON, W.: *The study of behavior, Q technique and its methodology*. Chicago: University of Chicago Press, 1953.
- SULS, J. (ed.): *Psychological perspectives on the self*, vol. 1. Hillsdale, N. J.: L. Erlbaum, 1982.
- WELLS, L. E., y MARWELL, G.: *Self-esteem: Its conceptualization and measurement*. Beverly Hills, Calif.: Sage, 1976.
- WYLIE, R. C.: *The self-concept*, vol. 1: *A review of methodological considerations and measuring instruments*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1974.
- WYLIE, R. C.: *The self-concept*, vol. 2: *Theory and research on selected topics*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1979.